

8 de Octubre de 2002

Estética y Comunicación

Segundo Parcial

Dualidad de carácter: Apolo y Dionisio, fusión creadora de mundo.

De las explicaciones acerca de la naturaleza del arte, una de las más curiosas y controversiales es la de Friederich Nietzsche. Hay quienes niegan la existencia de cualquier tipo de discusión estética en los tratados filosóficos de este genio alemán, y sin embargo, al leer textos como *El Origen de la Tragedia*, se perciben ciertas pistas que pueden ayudar a obtener una intuición general sobre este asunto. Al intentar hacer una génesis de la tragedia, Nietzsche debe establecer unas reglas de juego generales para la determinación de lo que se puede considerar arte, y en este sentido, parece hacer una evaluación de este fenómeno que ha sido tratado por tantos, y que ha generado una amplia polémica a lo largo de la historia del pensamiento.

La aproximación al arte que haremos a partir del pensamiento de Nietzsche se sumerge enteramente en la naturaleza de la cultura griega y sus concepciones de arte; necesariamente de la tragedia y la ínfima referencia a la música.

Intentaremos entender las herramientas metodológicas utilizadas por el autor para comprender tal cultura y su arte, y de esta manera el arte en general y hacer una valoración implícita de tal fenómeno; a saber, las alegorías representadas por las divinidades de más renombre en la mitología griega: Apolo y Dionisio.

Según esto, intentaremos también comprender el concepto de Arte que Nietzsche refleja en su obra desde tales metáforas y desde la cultura griega en general.

En la mitología, Apolo es El Iluminado, Dios de la verdad y de la belleza; conocedor del futuro y de todos los misterios del universo. Es el patriarca del *Oráculo de Delfos* donde una pitonisa, empleada suya, predica el futuro a quien lo consulta.

De manera alegórica, representa una suerte de estado psicológico del ser humano; cuando hablamos de Apolo, hablamos de aquel ente creador de unidades significantes mediante las cuales se puede manifestar, de manera estática y ordenada, cualquier tipo de comprensión de mundo. Es decir, Apolo reúne todo aquello que plantea un lenguaje; estructura determinada que puede ser comprendida debido a que existe cierta convención inventada por los hombres que es seguida por tal lenguaje.

Nietzsche afirma que aunque es la herramienta más valiosa de supervivencia que posee el hombre, también nos somete a una realidad ficticia. El lenguaje, en tanto que es instrumento, es, a su vez, un ente creador de mundo mediante el cual se construye toda una realidad a partir de las percepciones, y del cual emerge una cultura conformada por una serie de creencias de un pueblo. Es, en otras palabras, una herramienta que crea verdad, en tanto que permite la conceptualización y la abstracción a partir de todo aquello que ha sido aprendido de manera sensible.

Por lo tanto, está enteramente ligada a la percepción, y no tiene ningún tipo de sustento real. En otras palabras, el lenguaje crea 'verdad' que es mentira, o por lo menos no del todo acertada. De todas maneras, nuestra incapacidad de conocer el mundo verdaderamente es superada por aquellos mundos que, como efecto de esta incapacidad, creamos. Nos inventamos una realidad en la cual podemos vivir porque no podemos vivir en la verdadera. Todo esto gracias a Apolo.

Por el otro lado está Dionisio; el Dios del vino y de la fiesta; del desorden y del bacanal. Su naturaleza caótica representa, de manera alegórica, aquel estado de embriaguez e indeterminación; todo aquello que es dinámico y no se presenta de manera significativa, esa movilidad del mundo y de cierta parte de los seres humanos que no puede ser enmarcada lógicamente dentro de una serie de cánones establecidos, y que por lo tanto pertenece al gran desorden que es el universo. Lo dionisiaco no se manifiesta de manera consciente en el ser humano; únicamente lo podemos observar en el dinamismo de la naturaleza (¡que irónicamente pretendemos comprender de manera apolínea!) en tanto que es el puro acto de estar y devenir. Se debe entender aquel sentido de embriaguez como un estado psicológico inherente en el hombre que obedece a lo que percibiríamos normalmente como caos; es decir, aquello que no aparenta tener un orden comprensible y explicable. No podemos ejecutar de manera clara aquello que proviene de nuestro Dionisio, y por lo tanto ninguna creación humana es enteramente caótica. Dionisio necesita de Apolo para aparecer en la vida humana; para que pueda ser comprendido, en tanto que el funcionamiento del acto cognitivo que llevamos a cabo resulta de cierta abstracción que es muy compleja cuando se trata de lo caótico; Dionisio no funciona con código alguno, y por lo tanto no expresa, en sí mismo, absolutamente nada.

Ahora bien, los hombres estamos sumergidos en una realidad dinámica, cambiante, móvil y difícil de comprender. Los animales sobreviven gracias a determinadas habilidades inherentes a su propia especie, ya sea la velocidad, la fuerza, filudas garras, el camuflaje etc, que le sirven para atrapar sus presas o simplemente como herramientas de defensa propia.

Como ya mencionamos, el hombre posee la herramienta más útil de todas; el intelecto, que es capaz de generar lenguajes. El lenguaje permite la abstracción, y en últimas, la ciencia y la 'verdad'. Entre creencias y experiencias, con lenguaje como mediador, el hombre fundó su propio mundo; mundo que comprende y que puede controlar hasta cierto punto, mundo en el que confía y que toma por cierto. Se evidencia la necesidad del lenguaje cuando se piensa en comunidad. Si bien la unión hace la fuerza, lo único que verdaderamente permite la unión, al menos entre los hombres, es aquel lenguaje conciliador que nos fue entregado por Zeus al ver que nos matábamos unos a otros. Con la escritura, que es el frente más poderoso en esa lucha por alcanzar el conocimiento, aparece esa ansia por descubrir (o inventar) explicaciones para absolutamente todo lo que nos rodea. De ahí se hacen posibles ejercicios varios que, con el paso de los años, devienen en la implacable industria que hoy media enteramente nuestra vida. Es decir, el lenguaje es tal vez el factor más determinante en la manera en la que los hombres y las mujeres se han relacionado en la historia, y la manera en la que han hecho toda esta construcción de la realidad.

Hemos estado hablando de lenguaje refiriéndonos principalmente a la lengua y su simbolización escrita. Sin embargo, hay muchos otros tipos de lenguaje que utilizamos como medios comunicativos. Uno de estos lenguajes, según Nietzsche, es el Arte.

Como cualquier otro lenguaje, tiene la facultad de crear mundo. Según esto, el artista genera una realidad paralela en su obra, realidad que conoce y que le pertenece, juega con ella, la admira, la moldea de acuerdo con su asimilación del entorno, la observa, y permite que se metamorfosee sola al dejarla existir a parte de su propia existencia.

Nietzsche afirma que El juego del ser humano es el sueño, y el arte es el juego del ser humano con el sueño. La realidad, que es dionisiaca, es comprendida y asimilada de manera apolínea por los hombres, quienes en esta medida, generan un gran sueño que es su visión de mundo. A partir de aquel sueño, emerge la posibilidad de crear cosas *bellas* que significan por ser lenguaje y que plantean una suerte de sub-visiones de ese gran cosmos de comprensión. Toda creación debe ser necesariamente humana es necesariamente apolínea, ya que obedece a ciertos cánones establecidos culturalmente, y por lo tanto es un lenguaje.

Sin embargo, aquel arte que es enteramente apolíneo, es decir, que refleja únicamente cierta apariencia de la realidad, es un arte que no genera mundo. Nietzsche llama artistas ingenuos a aquellos que hacen arte puramente apolíneo, si es que esto es una posibilidad. La mayoría de artistas plásticos son ingenuos, en tanto

que solo imitan la apariencia de cierta parte de la realidad. Cuando Dionisio aparece, sin embargo, (claro que con la mediación cómoda de Apolo), emerge una creación que no es del todo significativa; que revuelve partes estáticas y partes dinámicas de la vida para crear obras más completas. La música, por ejemplo, es un ejercicio, en principio, puramente dionisiaco. Ésta, en sí misma, no significa y no necesita tener una estructura que obedezca ciertos cánones (aunque muchas veces sí la tenga) y es suficientemente emotiva, como para ser considerada subjetiva. Sin embargo, esa subjetividad queda en el aire al no significar absolutamente nada. En el momento en el que significa, determina algo que es conocido, de manera conocida; aparece Apolo e inmediatamente se torna objetiva (refleja apariencias).

Por otro lado, la tragedia sí reúne las dos caras de la moneda.

Según la estructura de la tragedia propuesta por Aristóteles, la tragedia empieza por el *Éleos*, momento de compasión durante el cual el espectador se siente identificado directamente con el personaje; siente compasión porque está presenciando pasiones que reconoce en él mismo. Este momento pasional es dionisiaco, representado de manera apolínea, claro está. El dinamismo de lo puramente emotivo se evidencia en todo aquello que mueve al personaje a actuar de manera determinada; posteriormente, el *Phobos* o momento de terror, incrementa todo este sentido pasional que no puede ser explicado mediante palabras. El temor se induce en los espectadores al descubrir la inminencia de tragedia que se aproxima, y finalmente, el momento de *Catarsis* o pugna libera esas pasiones en los espectadores por contraste.

Homos discutido en otros trabajos el valor de la catarsis producto de la tragedia clásica, y por lo tanto no es pertinente ahondar en él. Sin embargo, sí cabe resaltar el sentido dual de este tipo de obra artística. La tragedia posee un amplio contenido indeterminado y que funciona sin significancia específica, y es todo aquello que se refiere a las pasiones humanas que emergen de manera descontrolada y sin ningún tipo de orden lógico. Sin embargo, estas pasiones no pueden ser evidenciadas en una construcción humana de manera dionisiaca como lo es su naturaleza. Dependen de el bello Apolo y sus lenguajes para poder existir racionalmente y conformar algo bello como la tragedia.

En otras palabras, la tragedia no puede existir sin las dos fases o momentos psicológicos y determinantes propios de la existencia humana, Apolo y Dionisio.

Esto nos lleva a afirmar que todo arte es producto de la fusión entre las dos divinidades, en algunos con proporciones participativas diferentes; pero siempre con la presencia dual.

Cabe agregar que todo arte es reflejo de cultura, en tanto que es construcción basada, ya sea en apariencias (que no son reales en sí mismas y que obedecen a la percepción y asimilación de mundo) o en momentos de pura emotividad (pasiones comunes en los hombres y condicionadas, de una u otra manera, culturalmente). Al mismo tiempo, son determinantes de cultura, en tanto que promueven y amplían dichas concepciones, existiendo de la mano de la cultura misma; naciendo paralelamente. Ambas son producto de la capacidad creadora del ser humano, ambas son producto de cierta voluntad de vida y del implacable poder genera la fusión de Apolo y Dinisio.